
UNA NUEVA GOBERNANZA PARA REFUNDAR EUROPA

I. ¿Una nueva Gobernanza para Europa?

Con frecuencia se acusa a los europeístas de ingenuos perpetuadores de utopías irrealizables. El contexto europeo y mundial catártico actual, con una crisis sin precedentes y sin guión preestablecido aporta argumentos adicionales importantes a favor de una necesaria profundización y avance en nuestro proyecto europeo común, como solución frente al errático devenir que podría derivarse de una atomización nacional de respuestas territorializadas ante la crisis.

Vivimos acontecimientos sin precedentes que han de concluir en la obligada reconfiguración del sistema financiero internacional y que pone en cuestión la ortodoxia económica liberal. Y creo, en primer lugar, que es el tiempo de la política, y en particular de la política europeo/Comunitaria.

La política exige reflexión, discusión, debate...y las innovaciones en otros ámbitos discurren a un ritmo vertiginoso. Ese desajuste entre las esferas económica y financiera, que trascurren a ritmo de alta velocidad y la política no debe servir para "demonizar" la respuesta política. Al contrario: una sociedad sin debate político será siempre una sociedad menos libre y menos justa... ¡y en este año 2014 todos los europeos afrontamos el reto democrático de las elecciones al Parlamento Europeo!

La complejidad inherente al proceso de toma de decisiones en el seno de las instituciones Europeas requiere de un nuevo andamiaje institucional, representado por el imperfecto pero sin duda necesario (imprescindible) Tratado de Lisboa. Ha de cobrar protagonismo el ritmo político, el liderazgo político, pero ha de ser una política que supere la mera improvisación inteligente del "ir tirando", una política que supere la simple agitación en superficie, esa falsa movilidad como señuelo para que en realidad no cambie nada, un pseudo movimiento que en realidad disfraza la ausencia de toma de decisiones.

Ninguna de las causas de la tremenda crisis económica, financiera y social que nos sacude ha tenido su origen directo en nuestra economía vasca. La globalización y la interconexión entre mercados, entre la economía de papel y la real o productiva, entre la dimensión financiera global y las economías regionales y las familiares han impedido colocar "diques" o frenos a la ola de este tsunami financiero que nos ahoga. Todavía es tiempo de exigir responsabilidades, sin duda, pero debemos mirar al futuro de frente y tratar de superar esta sensación colectiva de cierta angustia, de zozobra, de temor al futuro que nos atenaza y nos sumerge en un pesimismo tan peligroso como la falsa sensación de euforia vivida en los tiempos de bonanza económica.

Necesitamos creer en la esperanza del futuro más allá del horizonte de recortes, de gastos y de medidas de austeridad que cada vez aprietan y complican el devenir de las maltrechas economías domésticas. El pesimismo instalado en la mentalidad ciudadana colectiva deriva en gran medida de esa ausencia de promesas creíbles en un futuro mejor, en pensar que puede verse la luz al final de este oscuro y largo ya túnel. A medida que la confianza de los consumidores declina y el poder adquisitivo de los hogares disminuye se profundiza en la recesión, y los pronósticos sobre cuándo llegará a su fin esta dura situación económica se alejan en el tiempo, porque la enorme crisis de demanda, de dimensiones nunca conocidas



como la actual, gripa o bloquea el motor de la economía y las familias, y los ciudadanos que sufren los embates de la austeridad están perdiendo la esperanza y la ilusión ante los negros nubarrones que asoman y que impiden "civilizar" y dominar ese futuro colectivo.

En estos momentos la hueca retórica del sacrificio, bajo la bandera de la austeridad es, por sí sola, ineficaz para salir de la actual crisis de Europa. Todo ello plantea la exigencia y el reto del liderazgo político, y permite reivindicar el momento de Europa y de sus instituciones: es el momento de reconquistar el futuro, alejado de una mera suma de expectativas individuales, desligadas de realizaciones colectivas. La solución a este largo y oscuro túnel no puede venir de la mano de soluciones de rescate *ad hoc* y unilaterales. La respuesta a esta cuestión debe comenzar por una evidencia: la impotencia de los Estados-Nación frente a las consecuencias de la globalización. Es la hora de apostar más por la UE, porque el diseño institucional y las herramientas de que disponen los Estados por sí solos devienen insuficientes para hacer frente a las dinámicas desencadenadas por los mercados globales.

La complejidad y la magnitud de la crisis pone de manifiesto estas carencias, y realza la importancia de la dimensión Europea, que deriva en un factor clave al resultar más apropiada y eficaz que la suma atomizada de ámbitos estatales tradicionales. El desafío que supone para nuestra clase política y nuestra sociedad la dimensión de esta crisis aporta argumentos adicionales para apostar por Europa, una Europa abierta, no cerrada sobre sí misma.

La actual resistencia a la austeridad en Europa no tiene sus raíces en una hostilidad general y acrítica hacia el sacrificio y a los esfuerzos de mayor contención de gasto y mayor presión fiscal. Lo que ocurre es que los europeos han llegado a creer que sus líderes están exigiendo sacrificios que no conducen al progreso de sus intereses, sino que perjudican a éstos. Cuando no existe una finalidad clara que lo justifique, el sacrificio se torna en un sinsentido.

Los líderes políticos deben ser capaces de transmitir a sus ciudadanos esperanzas renovadas. La legitimidad de Europa –basada en la obligación, consagrada en el vigente Tratado de Lisboa de la Unión Europea, orientada a promover “el bienestar de su población” – está en juego. Nuestro problema no revela solo una incapacidad para anticiparse a los problemas, sino que muestra además nuestra reticencia a actuar. Por todo ello, ponernos de acuerdo en definir esos intereses comunes es clave para iniciar el camino hacia un futuro mejor. Ha de ser, por encima de otros intereses partidistas, el primer, obligado y fundamental ámbito para el consenso político y social.

¿Necesita Europa una nueva Gobernanza? ¿Existe una Ciencia de la toma de decisiones políticas que permitan sacar al proyecto europeo de su letargo? ¿Qué papel debe jugar la nueva Gobernanza y la política en la refundación de Europa? Tal y como de forma brillante ha definido el filósofo Daniel Innerarity a todo este proceso, el cambio que se ha producido en el mundo contemporáneo es muy profundo y afecta a la política de un modo radical; cabría afirmar sin exageración que estamos ante un proceso de transformación social que interpela a la política como lo hicieron, hace cuatrocientos años, aquellos cambios sociales que estuvieron en el origen de la invención de los modernos estados nacionales. Son estos procesos los que están produciendo actualmente unas transformaciones insólitas en las formas institucionales, instrumentos y mecanismos de coordinación gracias a los cuales las sociedades actuales intentan resolver sus problemas colectivos y proveer los bienes públicos.

Podemos calificarlos de cambios irreversibles, que no obedecen a una moda pasajera, sino a cambios estructurales, como la globalización de la economía, la configuración de sociedades del conocimiento, la individualización de los estilos de vida, la sociedad del conocimiento o la europeización de nuestras sociedades. En medio de estas turbulencias, no se trata de mejorar la eficacia de la política tradicional, ni siquiera de adaptarla a unas nuevas realidades, sino de entender cuál es la función que tenemos derecho a esperar de la política en un mundo diferente.

Cuando hablamos de innovación estamos habituados a pensar en ciencias experimentales, economía y tecnologías, pero no en ciencias humanas, en las sociedades y, mucho menos, en

sus gobiernos. Uno podría quejarse por esta restricción del concepto de innovación, pero la verdad es que hay alguna razón que explica el hecho de que casi nadie asocie la política con alguna novedad. Es llamativo que en el mismo mundo convivan la innovación en los ámbitos financieros, tecnológicos, científicos y culturales con una política inercial y marginalizada. El repliegue de la política frente al vigor de la economía o al pluralismo del ámbito cultural es un dato que merece ser tomado como punto de partida de cualquier reflexión acerca de la función de la política en el momento actual. Es una valoración casi unánimemente compartida que la capacidad configuradora de la política retrocede de manera preocupante en relación con sus propias aspiraciones y con la función pública que se le asigna. No se trata de defectos de las personas o incompetencias singulares sino de un déficit sistémico de la política, de escasa inteligencia colectiva por comparación con el vitalismo de otros ámbitos sociales. Esa escasa capacidad de innovación de la política tiene mucho que ver con el hecho de que haya desatendido “la confrontación con las transformaciones que han vaciado progresivamente desde el interior sus categorías y sus conceptos” (Giorgio Agamben).

Vivimos efectivamente en una sociedad descompensada: entre la euforia tecno-científica y el analfabetismo de valores cívicos, entre la innovación tecnológica y la redundancia social, entre cultura crítica en el espacio de la ciencia o en el mundo económico y un espacio político y social que apenas se renueva. Hace tiempo que las innovaciones no proceden de instancias políticas sino de la inventiva que se agudiza en otros ámbitos de la sociedad. No se concibe, sino que se repara, desde una crónica incapacidad para comprender los cambios sociales, anticipar los escenarios futuros y formular un proyecto para conseguir un orden social inteligente e inteligible.

Es cierto que las circunstancias se han puesto complicadas porque en la sociedad que hay que gobernar se ha multiplicado casi todo: los niveles de gobierno, los sujetos que intervienen en los procesos sociales, los escenarios sociales, las exigencias contradictorias (economía, política, cultura, seguridad, medio ambiente...), las materias que son objeto de decisión, las interdependencias, los impactos de cada intervención... Pero la política no es administración, sino configuración, diseño de las condiciones de la acción humana, apertura de posibilidades. Tiene mucho que ver con lo inédito y lo insólito; no es una acción que se atenga estrictamente a la experiencia de que se dispone. La política es una acción cuyas consecuencias tienen mayor alcance que sus previsiones. Este contraste, que vale para casi todas las acciones humanas, es especialmente agudo en el caso de aquellas que como la política se llevan a cabo en medio de una incertidumbre extrema. Las nuevas situaciones recuerdan a la política que ha de plantearse la pregunta de si está ante problemas que simplemente puede solucionar o si se trata de transformaciones históricas que exigen una nueva manera de pensar.

II. Europa ante el reto de la legitimidad, la democracia y la justicia

En el excelente trabajo colectivo surgido tras una reflexión pluridisciplinar en torno a la crisis europea, los investigadores Carlos Closa, Miguel Maduro y Daniel Innerarity subrayan una idea clave: existe entre la opinión pública de numerosos estados miembros una profunda preocupación y dudas respecto del significado de la UE y su integración, provocando así una actitud escéptica que antes no existía. Los desafíos van desde el temor a la desintegración del euro hasta la posibilidad de generalizar la integración diferenciada pero, no nos cabía duda de que convergen en torno al debate sobre tres principios básicos: legitimidad, democracia y justicia.

De la crisis actual sólo saldremos con nuevos significados. Y para ello se requiere un salto conceptual que nos permita comprender y explicar las ventajas y los deberes de la interdependencia. Sólo una comprensión de las utilidades del proyecto europeo nos hará capaces de superar el “miedo demoscópico” (Habermas) que atenaza a nuestros dirigentes y explica la primacía del corto plazo en sus decisiones, así como la deriva populistas de nuestras sociedades. Es necesario entender hasta qué punto la UE constituye un instrumento para aliviar los efectos negativos de la globalización y recuperar a nivel europeo algunas de las



capacidades perdidas en el plano estatal. La UE tiene que ser capaz de mostrar que añade valor a la mera yuxtaposición de estados nacionales.

En este catártico contexto europeo de crisis económica sin precedentes ni guión preestablecido para su salida, la autarquía y la vuelta al proteccionismo estatal parecen volver a imponerse como supuesta solución ante el caos y las divergencias surgidas entre Estados socios de la Eurozona en relación a la materialización de un segundo rescate a Grecia. Esta orientación supone una ineficaz receta para salir de la crisis o tratar de minimizar sus efectos. En realidad todo ello plantea la exigencia y el reto del liderazgo político y permite reivindicar el protagonismo de Europa y de sus instituciones: es el momento de reconquistar el futuro, alejado de una mera suma de expectativas individuales, desligadas de realizaciones colectivas.

Es una oportunidad y un reto para la UE y la respuesta a esta cuestión debe comenzar por una evidencia: la impotencia de los Estados-Nación frente a las consecuencias de la globalización. Es la hora de apostar más por la UE, porque el diseño institucional y las herramientas de que disponen los Estados devienen por sí solos insuficientes para hacer frente a las dinámicas desencadenadas por los mercados globales.

Ante la espiral de desconfianza, que coloca el sistema financiero al borde del colapso, sólo mediante la solidez de un proyecto común y coordinado entre los Estados en el seno de la UE podrá asegurarse la tranquilidad necesaria para acertar en el diagnóstico y en las soluciones más eficaces.

El largo recorrido temporal de esta crisis nos muestra que con el recurso único a la política monetaria, por muy sólida y coordinada que ésta sea, no será posible salir de la misma o atemperar sus efectos. Ésta debe complementarse con medidas de pura política financiera, auténtico reto para Europa en estos momentos tan catárticos.

¿Cómo superar la inercia estatalista en que se desenvuelve el proyecto de construcción europea? No hay ni habrá, en una Europa con 28 Estados una realidad europea homogénea. Y la forma en que la crisis ha sacudido a cada Estado responde en parte a esa heterogénea realidad estatal. El caso de España o del Reino Unido, por ejemplo, difieren mucho del supuesto alemán. En el primer caso, tanto la economía española como la inglesa basaron sus espectaculares cifras en un modelo (salvadas las distancias) similar al de EEUU: una economía fagocitada por las finanzas, debido a que el crecimiento se fundamentó en el endeudamiento familiar masivo y con demasiada frecuencia por encima de las posibilidades reales de endeudamiento, a través de préstamos hipotecarios.

En cambio, el modelo alemán de crecimiento económico se sustentó no tanto en el consumo interno sino en sus exportaciones y en su capacidad para conseguir excedentes comerciales. Y ante tan dispares puntos de partida se aprecian también heterogéneas respuestas a la crisis, porque Alemania (como se aprecia en el rescate a Grecia) no acepta una “mutualización” de riesgos (lo que de facto se produciría si se llegase al acuerdo de gestionar de forma común y conjunta deuda pública europea).

La petición o propuesta de más Europa no ha de ser hueca, sino que debe traducirse en generar un clima de confianza recíproca interestatal que culmine en una mayor atribución competencial a las instituciones europeas, necesaria para liderar una nueva y auténtica política financiera Comunitaria, como base para evitar caer en el futuro en los mismos errores del pasado.

La crisis financiera no solo es debida a una defectuosa (o inexistente) regulación o a la falta de verdadera supervisión sobre la voracidad lucrativa de los operadores. Es también el resultado de una crisis de valores. Y junto al necesario rearme moral y ético de los mercados es preciso articular un andamiaje, un mecanismo normativo sólido, estructural y no meramente coyuntural.

Con frecuencia se acusa a los europeístas de ingenuos perpetuadores de utopías irrealizables. Creo que el contexto europeo y mundial catártico actual, con una crisis de magnitudes